

José Luis Santiago de Merás



De aquello no queda nada.  
Ya no es suya ni la guerra  
ni la paz de la Cruzada.  
Unos rindieron la pluma,  
otros guardaron la espada  
y el resto, desalentado  
volvió en silencio la espalda.

Así se quedaron solos  
todos los muertos de España.  
Sin gloria, sin ideales,  
sin el honor de la Patria  
porque ya no son caídos,  
solo son muertos sin alma.  
La Historia la escriben otros  
que no son sus camaradas.  
Sus gestas ya no son gestas,  
sólo son simples batallas.  
La de Oviedo y la del Ebro,  
la del cuartel de Simancas,  
el Alto de los Leones,

la defensa del Alcázar...  
son paginas fraticidas  
y es preferible olvidarlas.

¡Qué lejos están los muertos  
de sus viejos camaradas!  
Las Centurias de Castilla,  
las Brigadas de Navarra  
y las columnas gallegas,  
la Legión y la Mehala.  
Los compañeros de celda  
que al despuntar la mañana  
morían un poco al darles  
el último adiós de España.

¡Qué solos están los muertos!  
¡qué seca su sangre amarga!  
Creyeron morir por algo  
y no murieron por nada.

Ya no cayeron por Dios  
aunque empuñaran las armas  
para sacar a la luz  
las catacumbas de España,  
y para dar Fe de Cristo  
en sus calles y en sus plazas.  
Ni cayeron por la Patria,  
aunque murieran por ella  
en el campo de batalla  
o en un sucio paredón  
de cara a la madrugada,  
porque si hubieran caído  
por su Dios y por España  
nadie podría pactar  
con la frente levantada

Su voto fue limpio y claro,  
está escrito con las armas,  
quien lo ignore que lo lea  
ante Dios y ante la Patria.

